

LA AZOTEA EN CIFRAS

14 colmenas en la azotea

23 m de altura sobre la calle

380 kg de miel en la cosecha de julio

3 km de radio de vuelo, más o menos

CIUDAD

Las abejas del tejado

Carmen Aldaba compuso libros a mano durante treinta años en el segundo piso de una imprenta. Cuando la imprenta cerró, subió al tejado. Hoy cuida allí catorce colmenas y medio millón de abejas que liban los tilos de media ciudad.

TEXTO: LUCÍA FERRÁN

A LAS SEIS Y media de la mañana la azotea todavía guarda el frío de la noche. Carmen Aldaba sube por la escalera de hierro con el ahumador encendido en una mano y una caja de cuadros vacíos en la otra, y no enciende la linterna: se sabe de memoria los veintidós peldaños. Arriba, en fila sobre la grava, esperan catorce cajas de madera pintadas de verde, ocre y azul, cada una con una letra escrita a tiza en la tapa.

—La A es la más brava —dice mientras levanta la tapa con la palanca—. La M es la más trabajadora. Las demás van y vienen.

Durante treinta años, Aldaba trabajó dos pisos más abajo, en la sección de composición de Gráficas Lezcano, una imprenta familiar que imprimió catálogos de ferretería, programas de fiestas, libros de poemas pagados por sus autores y, durante una temporada larga, los horarios de los autobuses urbanos. Entró de aprendiz con diecisiete años, cuando todavía se componía a mano con tipos de plomo, y salió en 2011, el día que la familia vendió las máquinas a un chatarrero de Calatayud. El edificio pasó a una cooperativa de talleres: hoy hay en él un luthier, dos estudios de diseño, una escuela de cerámica y una panadería que cuece de madrugada en el antiguo almacén de papel.

UNA AZOTEA SIN USO

Nadie quería la azotea. Tenía goteras, una barandilla oxidada y la chimenea de la antigua caldera, que la cooperativa no se atrevía a derribar. Aldaba propuso en una asamblea poner allí dos colmenas «para probar», y la asamblea votó que sí con una condición: que nadie de los talleres tuviera que acercarse a ellas. Aquello fue en la primavera de 2013. Las dos colmenas son ahora catorce, y la miel de la azotea se vende en la panadería, en tarros de un cuarto de kilo con una etiqueta que ella misma compone en la vieja minerva de pedal que se quedó en el patio.

Aprendió el oficio de su abuelo, que tenía colmenas de corcho y de paja en un pueblo de Teruel. Uno de aquellos cestos de paja trenzada, con la boca en forma de arco, está ahora en un rincón de la azotea, vacío, encima de un bloque de hormigón. No lo usa: las colmenas modernas se abren por arriba y se revisan cuadro a cuadro, y un cesto

sólo se puede vaciar rompiendo los panales. Pero lo trajo del pueblo cuando vendieron la casa y no quiso dejarlo en un trastero.

LO QUE COMEN LAS ABEJAS DE UNA CIUDAD

La pregunta que más le hacen es de qué viven unas abejas en medio del asfalto. La respuesta está en las calles. Una abeja obrera vuela sin esfuerzo hasta tres kilómetros desde su colmena, y en un círculo de ese tamaño alrededor de la imprenta hay miles de árboles de alineación: tilos, acacias de flor blanca, sóforas, almeces, plátanos de sombra que no dan néctar pero sí resina. Hay también parques con romero y lavanda, solares abandonados llenos de jaramagos y cientos de balcones con geranios, albahaca y tomateras.

—En el campo, una colmena depende de lo que se siembre ese año —explica—. Si el vecino planta girasol, tienes girasol. Aquí hay de todo, y florece algo casi todos los meses.

Por eso la miel de la azotea cambia de color a lo largo del año. La de junio, cuando florecen los tilos, es clara y huele a menta. La de finales de verano, después de las sóforas, es ámbar oscuro y algo amarga. Aldaba no la mezcla: cada cosecha va a sus tarros, con la fecha y el nombre del árbol que más había en flor aquellas semanas. En julio sacó trescientos ochenta kilos, el mejor año desde que empezó.

LOS VECINOS

Al principio hubo quejas. Una vecina del bloque de enfrente, que tiende la ropa en una terraza a la misma altura, escribió al ayuntamiento porque las abejas se posaban en las sábanas. Aldaba fue a verla con un tarro de miel y una propuesta: cambiar la orientación de las piqueras para que las abejas salieran hacia el patio interior y no ha-



Continúa

cada otoño.

El susto más grande llegó una mañana de mayo de 2024. Una colmena enjambró, como hacen las colonias fuertes en primavera: la reina vieja salió con la mitad de las obreras a buscar casa nueva, y el enjambre, una bola de unas quince mil abejas, se colgó de la marquesina de una parada de autobús a dos calles. Alguien llamó a los bomberos, los bomberos llamaron a la policía local y la policía local, que ya tenía su número, llamó a Aldaba. Llegó en diez minutos con una caja de cartón y una sábana, sacudió la rama de abejas dentro de la caja y se la llevó a la azotea.

—Cuando enjambran no pican. Van llenas de miel y no tienen nada que defender—explica Aldaba—. Pero claro, eso no lo sabe la gente que espera el autobús.

EL CALOR Y EL ÁCARO

Una azotea no es un sitio fácil para una colmena. En agosto la grava pasa de los cincuenta grados y la madera de las cajas se calienta como una plancha. Las abejas refrigeran la colmena trayendo agua y abanicándola con las alas, y una colonia grande puede gastar más de un litro al día. Aldaba les deja bebederos de corcho flotante y ha tendido una red de sombreo sobre la fila de cajas, sujeta a la chimenea y a la barandilla. En verano sube dos veces al día, al amanecer y al caer la tarde, nunca a mediodía.

El otro enemigo es la varroa, un ácaro llegado de Asia que se alimenta de las larvas y transmite virus. No hay colmena en Europa que esté libre de él. Aldaba cuenta los ácaros que caen en una bandeja bajo cada caja y trata en invierno con ácido oxálico, cuando la colonia no tiene cría y los ácaros no pueden esconderse en las celdas. Lleva un cuaderno por colmena, con la letra en la portada, y apunta cada revisión: el peso, el número de cuadros con cría, el carácter de las abejas, el tiempo que hacía.

UNA COLONIA POR DENTRO

Abrir una colmena con ella es asistir a una clase sin pizarra. Saca un cuadro, lo sostiene contra el sol bajo y va señalando con el dedo enguantado: aquí la cría operculada, bajo una tapa de cera color galleta; aquí las larvas, blancas y enroscadas en el fondo de cada celda; arriba, en el borde, la miel; entre las dos, una franja de polen de colores, naranja de las caléndulas, gris de los almeces, casi negro de las amapolas. En julio, una colonia fuerte reúne cincuenta mil obreras, unos cientos de zánganos y una sola reina, que pone hasta dos mil huevos al día y vive cuatro o cinco años si nadie la sustituye.

—La reina no manda—aclara—. Pone huevos. Las que deciden son las obreras: cuándo se cría una reina nueva, cuándo se enjambraba, a qué flor se va esta semana.

Encontrarla entre la multitud es un ejercicio de paciencia. Es más larga que las demás, con el abdomen afilado y las alas cortas, y a su alrededor las obreras forman un corro, de cara a ella. Aldaba marca cada reina con un punto de pintura en el tórax, de un color distinto según el año en que nació, siguiendo un código internacional que cualquier apicultor entiende: blanco, amarillo, rojo, verde y azul, y vuelta a empezar. Este año toca el blanco.

LOS SÁBADOS DE OCTUBRE

Desde hace cuatro años da un curso de iniciación los sábados de octubre, para ocho personas, en la sala de composición. Hay lista de espera. Se apuntan sobre todo jubilados y profesores, algún estudiante de Biología y, el año pasado, un conductor de autobús que había visto el enjambre de la marquesina desde su asiento y quería saber qué había pasado. Las normas del curso caben en una tarjeta: no llevar perfume, no vestir de negro, no hacer movimientos bruscos, no soplar sobre los cuadros. Al final de la cuarta sesión cada alumno abre una colmena él solo, con ella al lado y las manos en los bolsillos.

—Lo difícil no es la técnica—dice—. Lo difícil es estarse quieto cuando tienes cuatro abejas paseando por la careta.

LO QUE CUESTA UN TARRO

La miel de la azotea se vende a siete euros el tarro de un cuarto de kilo, y el año pasado se vendieron unos mil doscientos. Las cuentas, que Aldaba lleva en otro cuaderno, no dejan beneficio. Con lo que entra paga los tarros, las etiquetas, el azúcar con que alimenta a las colonias débiles en otoño, los tratamientos contra la varroa, la cera estampada para los cuadros nuevos y un seguro de responsabilidad civil que la cooperativa le pidió desde el primer año. Por cada tarro vendido, un euro va al fondo común de los talleres, «en concepto de alquiler del tejado». Con ese dinero arreglaron el año pasado las goteras.

Lo que queda, cuando queda algo, lo gasta en libros. Tiene una pequeña biblioteca de apicultura en el antiguo despacho del regente, encuadrada en parte por ella misma, con tratados del siglo XIX comprados en mercadillos y revistas de asociaciones de media Europa.

OTRAS AZOTEAS

La de Gráficas Lezcano ya no es la única. Desde 2019 han aparecido colmenas en el tejado de un instituto, en el de un hotel del centro y en la terraza de una residencia de mayores, donde las cuida un grupo de internos con la ayuda de un apicultor del barrio. Aldaba ha asesorado a casi todos, y a todos les dice lo mismo: que no pongan más colmenas de las que el barrio puede alimentar.

—Si en un kilómetro cuadrado metes cien colmenas, las abejas se quitan la comida unas a otras, y también a los abejorros y a las abejas solitarias, que son las que de verdad polinizan muchas plantas de la ciudad—dice—. Catorce ya son bastantes para esta calle.

Continúa

Por eso este año no ha dividido ninguna colonia, aunque tenía tres lo bastante fuertes para hacerlo. Prefiere que el excedente de abejas salga en enjambre en primavera y que lo recoja algún vecino con colmenas en el campo. Tiene una lista de teléfonos pegada en la puerta de la escalera, junto al calendario de la cooperativa, y la policía local tiene una copia.

LA COSECHA EN LA SALA DE COMPOSICIÓN

La extracción se hace donde ella trabajó tantos años. La sala de composición está vacía desde 2011, salvo dos chibales de madera con sus cajas de tipos, que la cooperativa conservó «por si acaso». Ahí, sobre una mesa larga, Aldaba desopercula los cuadros con un cuchillo caliente y los mete en un extractor de cuatro cuadros que gira a mano. La miel cae a un bidón con un filtro doble y reposa una semana antes de envasarse.

Los niños de la escuela de cerámica bajan a mirar. Algunos se llevan un trozo de panal en un plato; otros prefieren las cajas de tipos, y Aldaba les deja componer su nombre en un componedor y estamparlo en la minerva, al lado de la etiqueta de la miel.

—Una colmena es como una caja de tipos —les dice—. Cada cosa tiene su sitio. Si sabes dónde está, no tienes que mirar.

A finales de octubre la azotea se queda quieta. Las abejas de invierno, más longevas que las de verano, se apiñan en el centro de cada caja alrededor de la reina, y Aldaba sólo sube para comprobar que no ha entrado agua. Deja las colmenas con miel suficiente para pasar el invierno y no vuelve a abrirlas hasta marzo, cuando florecen los almendros del parque y las primeras obreras salen a buscar polen. Para entonces ya sabrá qué colmenas han aguantado el frío, y si la A sigue siendo la más brava.

Compuesto en Literata, Fraunces e Instrument Sans
(SIL OFL) · Texto: CC BY 4.0